

HERALDO DE TARRAGONA

REDACCIÓN
Rambla S. Juan 58, pral.
Teléfono núm. 44

ADMINISTRACION
C. Fortuny, 4, imprenta.

Precios de suscripción

En la capital 5 pesetas trimes-
tre, domicilio. En el resto de España, 5,00 pe-
setas trimestre.

Numero suelto, 10 céntimos.
Anuncios comunicados y es-
que las mortuorias a precios conven-
cionales.

La correspondencia al director
No se devuelven los originales.

Diario político, órgano del Partido liberal conservador de la provincia

Los republicanos y las elecciones

Hay un gran fondo de realidad en las observaciones que hace y en los juicios que formula «El Imparcial» acerca de la próxima lucha electoral, con motivo de la significación y del alcance que quieren dar los republicanos al resultado de las elecciones municipales.

El colega no quiere ver en los sufragios que se emitirán en Noviembre más que una lucha legal, cuyo fin primero, mejor dicho, único, consiste en llevar a los municipios personas idóneas, escrupulosas, que administren bien y cuyos prestigios sirvan de aliento a los que esperan radicales y urgentísimas reformas en el seno de las corporaciones populares; y estima que importaría poco que contribuyesen los republicanos a la suma de estos prestigios, si en vez de considerar el triunfo de sus candidaturas como un «frágala» a la Monarquía, viesen en él un medio denormalizar y purificar la Administración, de trabajar en provecho del pueblo, de facilitar todo lo que ahora se dificulta y embrolla, de consagrarse a los cuidados de la salud pública, de las mejoras locales, de ir haciendo, en suma, de este país, tan rezagado y abandonado una nación a la europea.

Desgraciadamente, no es así. Los republicanos, que, según reconoce el señor Nakens, disputan encarnizadamente entre sí por figurar en las candidaturas, para nada se ocupan de lo que afecta a los intereses del pueblo español. Si aspiran a obtener los sufragios de éste es como políticos, sin que hasta ahora, y es de temer que lo mismo ocurra en adelante, haya expuesto ninguno lo que piensa ni lo que trataría de hacer, si fuese elegido, respecto de los múltiples e interesantísimos problemas que tiene que resolver la Administración municipal.

Es más; en los «meetings» que celebran recurren hasta a la alegoría histórica para combatir el régimen; pero ni por asomo se ocupan de las cuestiones municipales. Diríase, ó que no existen estas para ellos, ó que las conceden escasa importancia, lo cual, en último término, no puede sorprender a nadie, puesto que se ha dado el espectáculo de que el propio jefe de los republicanos, el señor Salmerón, al ordenar la celebración de reuniones de propaganda, haya también omitido por completo todo lo que hace relación a la vida municipal, desdeñándola, relegándola a último término.

Los republicanos que resulten elegidos irán, por tanto, a los Ayuntamientos como políticos, no a hacer administración, no a corregir abusos, ni a llenar deficiencias, ni a mejorar los servicios, ni a velar por la higiene, ni a procurar

que mejoren los alimentos; y los elementos políticos en los Ayuntamientos han sido siempre una rémora o una perturbación.

Enfrente a esos candidatos han de procurar los partidos monárquicos, y malharán en desdeñar esta modesta recomendación, presentar otros que representen los verdaderos intereses del pueblo, que comiencen por conocer sus necesidades, que lleven un pensamiento sobre los distintos problemas, y que, monárquicos, muy monárquicos, fuera de las Casas Consistoriales, no se acuerden dentro de estas sino de que son los defensores de los intereses del vecindario.

Podrá haber quienes voten en las elecciones municipales exclusivamente por ideales políticos, pero la mayoría, a quien afecta todas las deficiencias de la vida municipal, los abusos y el abandono de los Ayuntamientos, lo que desea es que vayan a éstos, hombres que administren y que procuren dar satisfacción a las necesidades del pueblo.

Los republicanos, con su campaña, cometen tan grave error, no sólo porque desnaturalizan la próxima lucha electoral, sino porque no advierten que la opinión lo que anhela es que los nuevos concejales acometan y resuelvan los problemas que afectan a la vida del vecindario.

CUENTO

LANCE DE HONOR

Terminada la comida en una de las mesas del restaurant del Casino, y mientras el mozo recogía el servicio y traía el café, acompañado de unas copitas de *fine champagne*, la conversación, muy animada hasta entonces, había sufrido un paréntesis.

Los comensales eran cuatro, y en sus trajes y en sus ademanes resaltaba la distinción de la clase social a la que pertenecían. Uno de ellos, de cabeza enérgica, de ojos brillantes, más cerca por su edad del sereno análisis de la vejez que de los ímpetus juveniles, ostentaba en la solapa del frac la roseta roja de una Orden militar. Tomó un habano de la salvilla de plata en que respetuosamente se le ofrecía el *maitre d'hotel*, lo encendió, y lanzando una bocanada de perfumado humo, dijo, dirigiéndose a sus compañeros de mesa:

—Durante toda la comida habrán ustedes observado que apenas si he metido baza en la conversación. Hablaban de lo que es hoy el tema obligado de las conversaciones en todo Madrid, y he permanecido mudo hasta tanto que dijeran cuánto sabían del triste suceso que lamentamos. Oyéndoles me he convencido, de que ustedes, como los demás, no saben más que una parte de la historia; que es un verdadero poema del corazón.

—¿De modo que hay una historia, una verdadera historia?—dijo un joven moreno, de atildado aspecto, con grandes bigotes a la borjoñona, que, con las manos en los bolsillos del chaleco y el cigarro en la boca, lanzaba espirales de humo, mirando distraidamente las pinturas del techo.—Entonces, general, no tiene usted más remedio que contarla.

—No sólo por satisfacer la curiosidad de ustedes—dijo el general—, sino porque creo cumplir

un deber de conciencia justificando a los personajes de esta historia, hablaré.

Mi amigo el general Miranda, que ha muerto esta mañana atravesado de una estocada, era un militar tan valiente como caballero. En nuestras luchas civiles, en nuestras guerras coloniales, en los encuentros de encrucijada a que dió lugar el período revolucionario en España, Miranda demostró que su valor personal corría parejas con su ilustración y su hidalguía. Juntos cursamos los estudios de la Academia, compañeros fuimos en una misma promoción y a no pocos hechos de armas asistimos juntos. Nuestra amistad, acalorada con los recuerdos de la niñez y con las primeras ilusiones de los verdes años, me permiten conocer el corazón del desdichado Miranda como el mio propio.

Otro compañero había que con nosotros formo siempre inseparable: el coronel Pedrosa, muerto en época no lejana.

Una Comisión diplomática me retuvo a mi fuera de España mucha tiempo, y cuando regresé a Madrid, hace dos años, me encontré con Miranda, que se hallaba aquí de cuartel. Por él supe que Pedrosa había muerto y que la familia atravesaba en aquellos momentos una situación más que difícil. Miranda, que tenía un gran corazón y que gozaba de posición económica muy desahogada, pensó que ningún empleo mejor podía dar a su corazón y a su dinero que protegiendo a la familia del compañero muerto; y ruego a ustedes, porque así lo afirma un hombre de honor, que a la palabra protección den el más noble y puro de los sentidos.

La mujer de Pedrosa fue, en sus tiempos, una catalana de buen palmito, tan espléndida de formas como falta de seso, y la fortuna de su marido y los ahorros de éste en sus largas campañas en nuestras perdidas colonias, bien pronto desaparecieron, convertidos en trajes elegantes y joyas vistosas. En aquella época de apogeo tuvieron ustedes ocasión de conocer a la hija del coronel, la bellísima Mercedes Pedrosa, que durante algún tiempo llamó la atención de Madrid por su hermosura y por su sencillez elegancia.

La recuerdo perfectamente, general—interrumpió uno de los oyentes—; era una de las muchachas más bonitas que pasaban por Madrid.

—No recordáis a la madre?—agregó otro.—La llamaban Doña Jimena. Una señora impotente por sus carnes. Por cierto que si algo la molestaba era una flor, una frase galante dirigida a su hija. Más que molestada por el atrevimiento, parecía envidiosa de los triunfos de la muchacha. Era un ejemplar curioso.

—¡Pobre mujer!—siguió el general.—Recogía, por reflexion, los homenajes tributados a su hija.

—Pero continuó. El coronel, convencido de que se había pasado la vida trabajando inútilmente para dejar a los suyos un puñado de pesetas, tuvo el buen acuerdo de morir.

Y entonces fue cuando Miranda, que le acompañó hasta el último momento, creyóse en el deber de amparar a la familia del compañero de armas, casi en la indigencia, pues la viuda, lejos de curarse de sus hábitos de lujo y de desorden, a los pocos meses de la muerte de su marido tenía la pensión en manos de usureros y era pavoroso problema la comida cotidiana.

Señores: yo no soy narrador, y si he de conseguir que ustedes me entiendan y formen claro juicio de esta historia triste ha de ser sacrificando las bellezas de estilo a la cronología de los hechos.

Algunos años, pues, antes de la muerte de Pedrosa, y cuando éste, maltrecho de cuerpo y enfermo de alma, vino a Madrid con los suyos, empujado por su mujer, que ansiaba de ancho campo para su vanidad morbosa, un amigo de provincias escribió al coronel recomendándole a un hijo suyo que, terminada la carrera en la Universidad, se trasladaba a la Corte en busca de porvenir. El muchacho le conocían ustedes todos: se llama Máximo Arguelles.

—Sabe usted, general—interrumpió uno de los presentes—, que tiene usted grandes condiciones para el género novelesco?

—Arguelles—siguió el general—acababa de

cumplir veinte años; granadino de nacimiento, había terminado la carrera de Leyes, y era ambicioso. Tenía, mejor dicho, tiene un gran corazón.

Pedrosa le abrió las puertas de su casa, le sentó a su mesa, puso a disposición del muchacho sus relaciones, su conocimiento del mundo y su bolsa. Y Máximo, despierto de inteligencia, sediento de gloria, con ángel para granjearse simpatías y amistades, entró y salió en los bufetes y en los despachos de los políticos de más renombre, bullió en el Salón de Conferencias, frecuentó los salones y los círculos elegantes.

Adivinamos todos que, andando el tiempo, aquel muchacho sería algo. A todo esto, Arguelles no sabía de casa de Pedrosa, y ocurrió lo que ya habrán imaginado ustedes sin gran número de antecedentes; que Máximo y Mercedes, que ya se conocían de niños, que habían jugado juntos muchas veces y que se profesaban cariño fraternal, al volverse a ver en Madrid: ella una encantadora muchacha y él un apuesto galán, se amaron locamente, con toda la pasión de los veinte años, con todo el entusiasmo de dos almas jóvenes, sin prejuicios y sin amarguras.

Pedrosa veía con gusto estos amores. ¿Qué más podía querer para su hija que un hombre que, con su corazón, le diera un nombre honrado?

Peró la muerte, que acechaba a mi pobre amigo, no daba treguas, y el coronel se miró sin ver realizada aquella boda, que le hubiera proporcionado la paz en sus últimos momentos. La viuda de Pedrosa no encontraba en Máximo el yerno apetecido; era un abogadillo sin pleitos y sin fortuna, que no podría proporcionarle los medios para continuar la vida de estúpido despilfarro a que se hallaba acostumbrada, y apelando a todos los medios, lanzó a Máximo Arguelles de su casa, primero, y le hizo romper con Mercedes, después.

Miranda era el punto sobre el que convergían todas las ambiciones de la viuda. Cierta que se había convertido en el protector de la familia, y que no pocos días se comió en aquella casa gracias a la mano pródiga del general; pero esto no bastaba para los propósitos de la viuda de Pedrosa, que pretendía sujetarlo con lazos más fuertes y duraderos. De qué recursos echó mano, cuáles artificios puso en juego, es cosa que ignoro, y aun cuando los supiera no habría de detallarlos fatigando la atención de ustedes. El hecho es que hace algunos meses sorprendió a todos la noticia de la boda del general Miranda con Mercedes Pedrosa.

Días antes de la ceremonia, mi amigo vino a verme para darme cuenta del fausto acontecimiento y para rogarme que le apadrinara.

Con la lealtad propia de mi carácter, con la autoridad de nuestro mutuo afecto de cuarenta años, intenté disuadirle de tal empeño. Era una locura unir las aridesces de un viejo de sesenta años con la fragancia de una muchacha que todavía no cumplió los veinte.

Vana empresa.

Mi amigo estaba bien cogido por la viuda. Se había apelado a sus sentimientos caballerescos, y Miranda llegaría hasta el fin. Quería con su nombre y con su fortuna poner al abrigo de cualquiera eventualidad desgraciada a la hija del compañero muerto.

A ferrado a este razonamiento, los míos resultaron todos inútiles.

Celebróse la boda, y asistí como padrino del novio. Fue un acto de triste solemnidad; Mercedes Pedrosa parecía entre las blancas nubes de su velo de desposada una víctima dispuesta para el sacrificio. En la cara de Miranda creía advertir algo entre amargo y siniestro. Sólo había entre todas aquellas gentes un rostro de verdad alegre: el de la viuda de Pedrosa, reflejando la satisfacción del triunfo.

Después los novios emprendieron un largo viaje por el extranjero. Aquel mismo día la amistad de un político de talla había dado a Máximo Arguelles un acta de diputado a Cortes por un distrito granadino.

Cuando hace pocos meses los señores de Miranda regresaron de su viaje de novios, Madrid, ena-

morado de lo nuevo, hacia un héroe de Máximo Argüelles, que, con unos cuantos discursos de actividad rabiosa, se había hecho dueño del Parlamento. No hace muchos días se hablaba en todas partes de que el Gobierno, maltrato de los ataques del joven orador andaluz, trataba de comprar su benevolencia y su silencio con un alto puesto oficial.

No hace muchos días también que Miranda vino a visitarme. Desde el de la boda no nos habíamos visto.

No diré a ustedes lo que hablamos en aquella entrevista; los dolores de un corazón sangrando por las ilusiones muertas no pueden fácilmente pintarse con ajenas relaciones. Mi pobre amigo, al separarnos, me dijo como despedida:

«—Mi mujer no me ama, no puede amarme; quise conquistar su corazón y lo he perdido por completo. Antes era un amigo bondadoso que habla con ellas las veces de padre; ahora soy el obstáculo atravesado en el camino de su felicidad.»

Mercedes ama a otro hombre, tuvo la ridícula pretensión de interponerme entre ambos, y he con seguido la desdicha de todos. Solo la muerte, castigándome como a un insensate que he sido, será piadosa y justiciera.»

Lo que resta de la historia lo conocen ustedes tan bien como yo: un lance de honor entre Miranda y Máximo Argüelles, por causas que los padrinos, si conocen, no revelarán nunca, y un hombre, Miranda, esgrimidor diestro, que se hace atravesar por la espada de su adversario.

El esclavo, por lo menos, no podrán ustedes decir que ha sido vulgar.

EMILIO DUGÍ.

Locales y Generales

En un círculo de esta capital en el que concurren personas que a diario practican el principio evangélico «que tu mano izquierda ignore lo que dá tu derecha» y en el que se tratan los sucesos de actualidad, sin apasionamientos políticos ni fines bastardos, se comentó desfavorablemente la forma poco práctica en que *La Opinión* ha venido tratando hasta hoy la cuestión obrera.

Todos los allí presentes, estaban de acuerdo en que es preciso, a toda costa y cuanto antes, remediar la triste situación en que han quedado algunos de los obreros despedidos; pero todos convinieron también que aquel mal no se remedia llenando a diario de lamentaciones las columnas de los periódicos, porque si bien aquellas lamentaciones llevan algún consuelo al alma dolorida, no aportan en cambio un pedazo de pan al hogar del hambriento, teniendo gran parecido al «Dios le socorra a usted hermano», que es la única limosna que los avaros dan a los pobres.

Basado en estas consideraciones, uno de los asistentes a aquel círculo, al cual nos entramos casualmente, emitió la idea de que, interin se soluciona la llamada cuestión obrera, se iniciara por la prensa de esta capital una suscripción a favor de aquellos desgraciados, con la seguridad de que la misma se vería aumentar rápidamente, atendidos los sentimientos caritativos del sufrido y noble pueblo de Tarragona.

Como individuos de la prensa nos creímos aludidos, y recogimos la idea que hoy sometemos al juicio de nuestros colegas, acariciando la esperanza de que merecerá su aprobación y con ella la gratitud de toda la clase obrera, tan digna siempre, y en los actuales momentos mucho más, de toda clase de respetos y atenciones.

Mientras el *Diario de Tarragona* se desata en censuras contra el nuevo gobernador, su aliada *La Opinión* se deshace en elogios acerca de aquel digno funcionario.

La maledicencia y la adulación unidas por el eslabón de la hipocresía.

Nuestro colega *La Opinión de la Provincia* prodiga demasiado la frase «se ha quitado el pan de los obreros». Esto unido con la comparación que hace continuamente de los modestos salarios de aquellos con los de los ingenieros, es peligroso, peligrosísimo, tratándose de un periódico que pretende representar las clases conservadoras, que no hay duda son las más interesadas en procurar el bienestar de los obreros, pero por medios ordenados.

Si pretende el colega halagar pasiones para conseguir ciertos fines particulares, como por ejemplo promover alborotos contra los ingenieros, nos tendrá siempre en frente, y mas en el asunto que se ventila, que es muy fácil que los resultados sean favorables a la conducta observada por aquellos funcionarios.

Ha llamado grandemente la atención pública el notable contraste que ofrecen la frialdad con que hasta el presente ha tratado *La Opinión* cuantos asuntos se relacionaban con nuestro particular amigo el digno Sr. Gobernador D. Santos Ortega, y el

calor afecto puestos ayer en su suelto de despedida.

Manos besa el hombre que quisiera va cortadas!

Como hablamos anunciado en el tren de las cinco de la tarde de ayer salieron para sus posesiones de Briviesca la distinguida esposa del Excelentísimo Sr. Gobernador civil D.ª Luisa de Angulo de Ortega acompañada de sus simpáticos hijos Esperanza y Luis.

Bajaron a la estación para despedir a tan respetable dama y a sus hijos muchas señoras de la buena sociedad Tarraconense y gran número de amigos.

Todos los concurrentes no pudieron menos que demostrar cuanto sentían la ausencia de aquella bondadosa señora.

Antes de partir el tren hicieron presente a tan bondadosa señora lo mucho que sentían su marcha manifestándole que en Tarragona dejará grata memoria a todos cuantos han tenido el honor de conocerla tanto por su afable trato como por sus bondades.

Hasta Reus fué acompañada por su esposo el muy digno Gobernador civil don Santos Ortega, el Sr. Secretario Sr. Alvarez de Sotomayor y los señores Oiz, Merolés y Cuchi.

Al desearles un felicísimo viaje tengan la seguridad que ha de guardarse buen recuerdo entre la buena sociedad de las excepcionales dotes que reúne tan distinguida dama.

En el tren de las 12 y 20 de hoy saldrá con dirección a Madrid, de paso para Valladolid, para tomar posesión del gobierno civil de aquella capital, el que hasta hoy ha sido digno gobernador de esta provincia, nuestro estimado amigo don Santos Ortega, al que deseamos obtenga en su nuevo mando los mismos éxitos que le han conquistado justa fama de tan entendido funcionario como perfecto caballero.

Por el veterinario Sr. Forasté fueron ayer retirados del mercado de la Pescadería dos kilos de besugo por no hallarse en completo estado de salubridad.

Por el mismo motivo y por el veterinario señor Montardit fué también retirado del mismo mercado otro kilo del indicado pescado.

Ayer tuvimos el gusto de saludar a nuestro particular y distinguido amigo D. Adolfo Virgili, de cuya venida a esta ciudad ya dimos oportuna cuenta a nuestros lectores.

Ayer tarde a las cinco, al pasar un carro de los que se dedican a la extracción de letrinas, por el sitio denominado Zig-Zag, encazó a consecuencia de la capa de machaca que fué colocada en dicha vía; costando grandes trabajos al conductor del vehículo para poder seguir su marcha.

Ayer fueron retirados por orden del Veterinario Sr. Montardit, cuatro kilos de manzanas que se hallaban en el mercado de la Plaza de la Fuente, las cuales se hallaban en completo estado de putrefacción.

Con el único objeto de saludar y despedir al señor Gobernador civil D. Santos Ortega, llegará hoy a esta capital nuestro estimado amigo el señor Marqués de Grigny.

Ayer llegó a esta ciudad el nuevo Inspector de primera enseñanza de esta provincia, nuestro particular amigo don Federico Gomez, a quien tuvimos el gusto de saludar.

Deseamos a dicho señor le sea agradable su nuevo destino.

Los que deseen presentarse a exámen, para ocupar la plaza de práctico, vacante en este puerto, deben dirigir sus instancias, convenientemente documentadas, al señor comandante de Marina de esta provincia.

El digno y celoso señor Administrador principal del cuerpo de Correos en esta provincia, nuestro particular amigo don Carlos Gamarra, en atento B. L. M. fecha de ayer nos participa que la Superioridad, en virtud de las últimas reformas de los Ambulantes en las importantes comarcas de Cataluña, ha dispuesto que a partir del día de mañana el tren expreso de Madrid a Barcelona conduzca la correspondencia de la Corte para esta ciudad, por lo cual se recibirá por Reus en el tren que llega a ésta a las 10.18, a mas del alcance que llegará a las 15.15, por donde hoy se recibe todo; disfrutando también de esta mejora las poblaciones de la línea de Tarragona a Lérida y de Valencia a Barcelona.

Expresamos nuestro sincero agradecimiento al Sr. Gamarra por la atención de que hemos sido objeto por parte de dicho señor; a la par que felicitamos al comercio y al público en general por tan atinada disposición.

Tomamos de nuestro apreciable colega *Diario del Comercio* de ayer:

«Ayer reunióse la Junta de Instrucción pública con asistencia de los señores gobernador, Inspector, Cabré (D. Ramón), Solé (don Agustín) y Sabater.»

Después de tratar escasos asuntos, despidióse el señor gobernador de los señores de la Junta expresando su gratitud por el apoyo que le habían prestado en bien de la enseñanza y prosperidad de los maestros.

El Sr. Sabater en nombre de la Junta dióle las más expresivas gracias, constandingo en acta el sentimiento que ocasiona la separación de tan digno presidente.»

A las diez y media de la mañana de anteayer al pasar por frente la casa núm. 48, de la calle de Pelayo de Barcelona el tranvia eléctrico de la línea de circunvalación, núm. 118, desprendióse el motor.

La sacudida que experimentó el vehículo fué tan violenta que el cochero que lo guiaba fué despedido por la delantera del tranvia, debiéndose a una feliz casualidad que resultara ileso.

Los pasajeros que en iban el tranvia recibieron el consiguiente susto, teniendo que ser auxiliada en una farmacia próxima una señora, a la cual le sobrevino un síncope.

El Gobernador civil interino de Barcelona ha dado órdenes a la policía para que no permitan que se infrinja la ley de 13 de marzo de 1900 que reglamenta el trabajo de las mujeres y los niños.

Dicen de la Corte que anteayer se presentó ante el Juzgado de guardia un mozo ayuda de cámara de un personaje, declarando que sus amos le martirizaban a fuerza de grandes palizas.

Del reconocimiento a que fué sometido resultó que tenía muchas contusiones en su cuerpo.

Nuevamente ha sido denunciado nuestro colega de Reus *Las Circunstancias* por insertar en su número del sábado último una carta titulada «Responsabilidades sobre la catástrofe del puente de Montalvo» copiada de *El Mercantil Valenciano*.

Ha sido aprobado por el ministro de Agricultura el reglamento y arancel formado por el Colegio oficial de pesadores-medidores de Barcelona.

Según noticias de Badalona, aun no han podido ser identificados los cadáveres de las dos mujeres que días atrás se encontraron ahogadas en la playa de la citada ciudad y de que ya dimos cuenta a nuestros lectores.

Ha sido nombrado Escribano del Juzgado de 1.ª instancia e instrucción del partido de Reus don Bienvenido Pascó, que desempeñaba igual cargo en el del partido de Falset.

Se halla vacante el Registro de la propiedad de San Feliu de Llobregat, con fianza de 2.500 pesetas, cuya provisión debe hacerse por concurso entre los Registros que la soliciten, según lo dispuesto en el art. 303 de la Ley Hipotecaria y en la regla 2.ª del 263 del Reglamento para su ejecución.

Los aspirantes elevarán sus solicitudes al Gobierno, por conducto de la Dirección general, dentro del improrrogable término de cuarenta días naturales, contados desde el siguiente al de la publicación de esta convocatoria en la *Gaceta*, ó sea desde anteayer.

Mañana sábado saldrá del puerto de Barcelona, para Manila y escalas, el magnífico trasatlántico «Antonio López».

En el Consejo de ministros celebrado anteayer tarde, el de Gracia y Justicia presentó el proyecto de indulto por delitos cometidos con ocasión de las huelgas.

La importante población de Villarreal se prepara para celebrar con gran pompa las fiestas cívico religiosas de la Virgen de Gracia.

LA CATÁSTROFE DE PARIS

Continúan los periódicos de gran información dando detalles de la horrorosa catástrofe ocurrida en París el día diez de actual.

A propósito de ella publica *La Tribuna* de ayer la siguiente información.

«M. Didier, jefe de la estación de Couronnes, ha declarado detallando como ocurrió la catástrofe.

«A las siete y treinta y cinco —ha dicho M. Didier— el tren número 43, procedente de la Puerta Dauphine debía de detenerse en la estación de Barbès. Una avería en el motor le impidió avanzar. En vista de ello, los viajeros tuvieron que abandonarlo.

Detrás y a poca distancia, venía el 52. En vista de la avería se obligó a descender a los pasajeros de éste, y el tren 43 fué enganchado al 52 con el

objeto de retirarlo de la línea y no interrumpir el servicio.

Los dos trenes empujaron la marcha vertiginosamente, pasaron por las estaciones de la Chapelle, de Alemagne, de Aubervilliers, del Combat y de Belleville. Al cruzar por la estación de Couronnes, brotaban llamas de debajo de los coches; llamas que lamian las puertas del tren en las cuales los empleados que iban en éste se asomaban llenos de ansiedad.

Al pasar la estación, el tren aumentó su marcha. Yo, en medio del andén, gritaba desesperadamente a Mr. Flereuret, maquinista del tren 52: «¡Deteneos! ¡Deteneos! No tendréis tiempo de llegar a la estación.»

—No importa—me contestó—llegaremos de todos modos.

Y los dos trenes se metieron de nuevo en el túnel, y continuaron velozmente su marcha hacia la estación de Menilmontant.

Iba a perderlos de vista, cuando de pronto entre el coche motor y uno de los vagones del centro brotó una inmensa llama azul acompañada de una detonación trepanda.

En un abrir y cerrar de ojos el fuego abrasó los ocho vagones. El personal de ambos trenes sólo tuvo tiempo para huir.

Las llamas se elevaban hasta la bóveda, lamian los muros del túnel y los hilos del alumbrado eléctrico. Los hilos se fundieron y el túnel se quedó en tinieblas. Solo la estación aparecía iluminada por el resplandor del fuego. Se interrumpió el corriente motriz y el tren número 48 que llegaba, quedó detenido entre las estaciones de Belleville y Couronnes, a unos 300 metros de los trenes incendiados.

En el instante de llegar el tren 48, el humo del fuego llenaba ya la estación de Couronnes. Los pasajeros abandonaron precipitadamente los coches y se arrojaron al andén (el andén de Menilmontant) é intentaron huir por la gran escalera. Pero rechazados por el humo que venía de Menilmontant, volviéronse atrás, y creyendo salvarse, fueron a chocar al otro extremo del andén cerrado por un muro, donde se amontonaron y se pensaron ellos mismos en las ansias de una agonía horrible.

En este rincón sin salida han sido hallados setenta y cinco cadáveres. Dos viajeros intentaron huir por una pequeña escalera situada en el extremo del andén cerrada por el muro; pero ambos cayeron al instante asfixiados. Sobre los railes se han hallado sus cadáveres.

Otras tres personas murieron del mismo modo en el vestíbulo de la escalera.

Hasta aquí, el relato de M. Didier.

Ya de madrugada, a las tres y pico, los bomberos lograron bajar por las escaleras de la estación de Menilmontant.

Entonces comenzaron a darse cuenta de la catástrofe.

A los primeros pasos hallaron ocho cadáveres, cuatro hombres y tres mujeres.

Los cadáveres, rojos y negros por las quemaduras y el humo, fueron trasladados enseguida a uno de los cuarteles de policía, y de allí a la Morgue.

Mientras se trabajaba en la estación de Menilmontant, según en la estación de Couronnes los esfuerzos desesperados para penetrar en el túnel.

Al fin se consiguió hallar dos cadáveres; después cuatro, entre ellos el de una mujer que se supone que cayó asfixiada al llegar al aire libre, en la meseta más alta de la escalera de la estación.

La impaciencia aumentaba. Varias veces los soldados de una compañía de ingenieros, el prefecto y M. Mouquin, jefe de la policía municipal, intentaron penetrar, y otras tantas veces hubieron de retroceder.

Al poco tiempo abajo la temperatura era insostenible.

Al fin, después de esfuerzos sin cuento, se logró llegar al lugar mismo de la catástrofe.

El cuadro fué horrible. Allí, contra el muro que cierra el andén de la estación de Couronnes estaban los muertos en montón, caído, asfixiados en posturas horribles, ennegrecidos por el humo, con el espanto en los ojos, muchos de ellos con el pañuelo entre las manos crispadas.

La mayoría de los muertos pertenecen a la clase obrera.

A las seis de la mañana habían sido extraídos 45 cadáveres.

A medida que avanza la mañana, la muchedumbre crece y se agolpa en el bulevar de Belleville.

Crece los comentarios y la indignación.

En la Morgue continúan desarrollándose escenas trágicas.

A cada punto arriban familias de obreros en busca del marido, del padre, del hermano, de la mujer, vanamente esperados durante toda la noche.

Muertos ahora perdidos para siempre.

A las seis y media de la tarde de ayer ocurrió un nuevo incidente en el ferrocarril metropolitano, análogo al que ha dado lugar a la catástrofe que aflige a París.

Un coche, sin dada por haberse establecido un

SECCIÓN DE ANUNCIOS

Jarabe de hipofosfitos CLIMENT

El legítimo marca SALUD

SEÑORES CLIMENT y C.^a TORTOSA.—Muy señores míos: El niño X., de tres años, sufría desde hace más de un año de una sófula crónica. Cansado de curarse sin ningún resultado cuantas emulsiones y reconstituyentes se preconizan para estos casos ensayé los HIPOFOSFITOS CLIMENT, encontrando alivio el paciente en el primer frasco y muy pronto la curación completa.—Doctor Silomiz, Catedrático de Barcelona.

Exíjase el legítimo Jarabe Climent SALUD único aprobado por la Real Academia de Medicina de Barcelona, pues se expende otro del mismo nombre.—De venta: FARMACIAS y DROGUERIAS.

Compañía francesa del GRAMOPHONE



MAQUINA PARLANTE

LA MAS PERFECCIONADA

HASTA LA FECHA

Depositorio y representante

TARRAGONA

Francisco Rigau, Relojero

14, Bajada de Misericordia, 14

Reparaciones del GRAMOPHONE, Fonógrafos y relojes de todas clases

EL RECADERO

Andrés Cañellas

deseando corresponder al favor que Tarragona le ha dispensado, ha establecido desde el 1.º de Agosto un DOBLE SERVICIO DIARIO, domingos inclusive, entre Tarragona y Barcelona, siendo la hora de salida de Tarragona las cinco de la mañana y de regreso las cinco y diez tarde, alcanzando los recados por teléfono, desde las nueve mañana a las cinco tarde, dirigidos a la calle de Filateras, 5, no dudando que por mi prontitud y confianza demostradas, continuará el público dispensándose su favor.

Las direcciones en Barcelona son:

FILATERAS, 5 Y HOSPITAL, 2 Y 4

Y EN TARRAGONA:

PLAZA CEDAZOS, 34 (esquina bajada Misericordia) Y APODACA, 1

NOTA.—Los telefonemas dirijanse todos a la calle de Filateras, si se expiden después de las diez, y los expedidos antes, pueden indistintamente dirigirse a una u otra casa.

RECADERO DIARIO ENTRE TARRAGONA Y TORTOSA

ESQUELAS

de defunción, aniversario y toda clase de anuncios, se admiten en la Administración del

HERALDO DE TARRAGONA

calle de Fortuny, 4, imprenta hasta la madrugada.

Precios según muestrario.

Grandes rebajas en los precios de los anuncios contratados por anualidades.

FORTUNY, 4, IMPRENTA

Tarragona

Levadura de cerveza SERRA

Superior a la ZARZAPARRILLA y a los mejores depurativos conocidos.

DE VENTA:

Farmacia del Centro de MANUEL FONT

Rambla San Juan, 57-Teléfono 48

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

Llorens Gibert y Cabré

Fortuny, 4.—Tarragona

En este establecimiento tipográfico se confeccionan toda clase de impresos a precios económicos.

Gran variedad en tarjetas de visita.

BICARBONATO DE SOSA

Químicamente puro

EN POLVO, EN PASTILLAS Y COMPRIMIDAS

Torres Muñoz, San Marcos, 11, farmacia.

MADRID

Se vende en cajitas pequeñas y en latas económicas de 1-1/2 kgs. a 5 pesetas

HERALDO DE TARRAGONA

Diario político, órgano del Partido liberal conservador de la Provincia

REDACCION: RAMBLA DE SAN JUAN, 58, PRINCIPAL

TELÉFONO NÚMERO 44

ADMINISTRACION: FORTUNY, 4, IMPRENTA

Precios de suscripción: En la capital, 5 pesetas trimestre, a domicilio.—
 En el resto de España, 5.00 pesetas trimestre.—Número suelto 10 céntos.—
 Anuncios y remitidos a precios convencionales.